

Pasado y presente del oficio de historiador: vínculos entre la historia, la política y la memoria

Marta Philp ¹

1. Introducción

Quiero compartir con Ustedes, ingresantes a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, algunas reflexiones sobre la historia como disciplina y sus usos en el presente. Antes, como el conocimiento del pasado es necesario para comprender y explicar el presente, rescataremos algunas huellas que dan cuenta del oficio de historiador en otros tiempos y que nos invitan a pensar en los vínculos entre la historia, la política y la memoria. Empecemos por definir estos términos. La Historia es un oficio milenario, una práctica que se realiza desde un determinado lugar, que consiste en recuperar el tiempo pasado para comprenderlo y explicarlo con las herramientas propias de este oficio, el de historiador. La política, entendida como intervención social o en la sociedad de múltiples actores, como derecho a intervenir en los asuntos públicos. La memoria, como operación que lee el pasado desde el presente, que selecciona una determinada lectura de la historia en función de sus intereses actuales. Los historiadores reconstruimos procesos históricos y construimos historias que se constituyen en recursos claves para los procesos de legitimación política, de los que participan actores que llevan a cabo sus operaciones de memoria, interpretan el pasado desde el presente que los interpela.

2. Los comienzos del oficio de historiador en la Universidad Nacional de Córdoba

¿Cómo se enseñaba historia en la Universidad Nacional de Córdoba en los primeros años de la Facultad de Filosofía y Humanidades creada en 1947?

Según la información proporcionada en la página oficial de la institución, la existencia de la Escuela de Historia se encuentra vinculada a los orígenes de otra institución de relevancia para Córdoba como es el Instituto de Estudios Americanistas. El Instituto de Estudios Americanistas fue el motor que alentó la formación de los

¹ Doctora en Historia, UNC. Profesora en la Escuela de Historia de la FFyH de la UNC.

primeros historiadores profesionales y docentes en la enseñanza de la Historia. El 23 de julio de 1936 el Rector Sofanor Novillo Corvalán ordenó la creación del Instituto de Estudios Americanistas “con el objeto de promover e intensificar las investigaciones de carácter histórico”. Dicho instituto tendría como material de estudio e investigación los libros, documentos y manuscritos que pertenecieron al Dr. Pablo Cabrera y los demás que se adquirieran por compra, donación o canje (art.2º). El instituto debería:

1. Formar el catálogo de su fondo bibliográfico y documental;
2. Realizar investigaciones utilizando principalmente su propio material histórico;
3. Publicar su boletín, colecciones documentales inéditas, monografías, reimpresiones etc. La imprenta de la Universidad se encargará de estas publicaciones;
4. Suscitar y estimular las vocaciones relacionadas con la investigación histórica;
5. Patrocinar cursos y conferencias de historia, de paleografía, de arqueología, de cartografía y demás ciencias auxiliares; de organización de archivos, de historiografía y metodología histórica;
6. Mantener vinculaciones con institutos similares del país y del extranjero.

Las primeras autoridades del IEA fueron: Director, Dr. Enrique Martínez Paz; Miembros, Raúl A. Orgaz y Dr. Carlos R. Melo; Secretario Dr. J. Francisco V. Silva; Encargado de Publicaciones Sr. Luis Roberto Altamira, Ayudante Principal, Sr. José R. Peña. Estas personas al igual que Monseñor P. Cabrera fueron historiadores autodidactas provenientes de otras carreras universitarias que comprendieron la necesidad de iniciar la institucionalización de los estudios históricos, donde ellos mismos se profesionalizaron. En la ordenanza de creación están las ideas motoras que se van a ramificar y articular al IEA con otros espacios académicos. Sobre la base de él surgirá más tarde el Departamento de Historia (1957), la actual Escuela de Historia (1968) y el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH) que en 1987 pasó a nuclear las actividades del desaparecido Instituto de Estudios Americanistas y otros como el Instituto de Antropología, transformándolos en áreas de investigación. En 1946 el Interventor Felipe S. Pérez en la Universidad Nacional de Córdoba en uso de sus atribuciones resolvió transformar el Instituto de Humanidades (creado en 1940) en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, la que

a su vez estaría constituida por tres secciones clásicas de Filosofía, Humanidades e Historia.

Al incorporar el IEA a la Facultad de Filosofía y Humanidades se encamina definitivamente hacia lo que hoy es la Escuela de Historia, en otras palabras, la institucionalización y la profesionalización se establecen junto a la práctica, por medio de ordenanzas, concursos, resoluciones y reglamentos que van plasmando las reglas de juego del campo intelectual, al mismo tiempo que se desenvuelven las carreras de investigación y docencia.

En el año 1957 junto a la creación del Departamento de Historia y el traslado a la Ciudad Universitaria como nueva sede, egresaron los primeros once Licenciados de la carrera de Historia.²

3. Una periodización de los estudios históricos en Argentina

Los estudios históricos se institucionalizan en Córdoba en diálogo con el espacio central, Buenos Aires, y otros espacios provinciales. Así que revisaremos brevemente ese proceso.

A principios del año 2002, el Congreso de la Nación instituyó el 1 de julio como “Día del Historiador” (Ley 25566), fecha que conmemora la decisión del Primer Triunvirato (1812) que ordenó “se escriba la historia de nuestra feliz revolución para perpetuar la memoria de los héroes y las virtudes de los hijos de América del Sud, y la época gloriosa de nuestra independencia civil, proporcionando un nuevo estímulo y la única recompensa que puede llenar las aspiraciones de las almas grandes”. La responsabilidad recayó en el Deán Gregorio Funes. Su *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* y el breve capítulo titulado *Bosquejo de la Revolución* constituyeron la primera interpretación del proceso histórico iniciado en 1810. Estos fueron los argumentos para declarar el 1 de julio como Día del Historiador, ponen en escena las relaciones entre la historia, la política y la memoria.

² Información disponible en: <http://blogs.ffyh.unc.edu.ar/escueladehistoria/historia/> extracto de: BAUER, Francisco (2007) “La institucionalización de la Historia en Córdoba”, Córdoba: Cuadernos de ADIUC, N° 7

La referencia al Deán Funes es ilustrativa de las tradiciones que emergen aún en épocas en que creíamos que los mitos de origen, en este caso de la historiografía argentina, no estaban en discusión. Diferentes trabajos, entre los que se pueden citar el clásico texto de Rómulo Carbia *Historia de la historiografía argentina*, de la década del veinte del siglo pasado hasta el editado por Devoto y Pagano en el año 2009, establecen como punto de inicio de la historiografía argentina, pero fundamentalmente de su profesionalización, el mojón señalado por la figura de Bartolomé Mitre. Otro texto, de Wasserman, titulado de *Funes a Mitre*, crea las condiciones para cuestionar este punto de origen.³

Y señalo que la referencia al Deán Funes es ilustrativa tanto de las tradiciones que emergen como de los procesos de construcción de las historiografías provinciales que, si bien respetuosas de las jerarquías establecidas por las instituciones productoras de historia a nivel nacional, buscan en sus textos señalar los orígenes específicos de cada uno de los espacios, donde las palabras de Funes a Mitre se usan para marcar un camino propio y previo, que precede a la consolidación del relato nacional.

En este texto, traer a la memoria el porqué del establecimiento del Día del Historiador un primero de julio, las vinculaciones con la figura del Deán Funes, es una de las huellas que nos permite pensar en los procesos de construcción de las historiografías provinciales, en especial la de Córdoba, en el mapa nacional.

Hay un tema clásico, presente en el origen de las diferentes historiografías nacionales: el de la relación entre las historias nacionales y locales, entendidas como relatos del pasado nacional y local a los que se le atribuye ese carácter en función de los distintos contextos de producción, signados por desiguales recursos de poder: simbólicos, político-ideológicos.⁴ En el caso de nuestro país, la producción de una historia nacional

³ Carbia, Rómulo (1940) *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Coni, 3° edición; la primera edición es de 1925, bajo el título *Historia de la Historiografía argentina*, Universidad Nacional de La Plata; Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009) *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana; Wasserman, Fabio, “De Funes a Mitre. Representaciones de la Revolución de Mayo en la política y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)”, en *Prismas*. Revista de historia intelectual, N° 5, 2001, pp. 57-84

⁴ Algunas de estas cuestiones fueron planteadas en mi trabajo: Philp, Marta, “Historias nacionales, historias locales. Una lectura en clave historiográfica a partir de un acontecimiento: la conmemoración del Año Sanmartiniano”, *PolHis*. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política, Mar del Plata, Año 5. N° 9, primer semestre 2012. pp. 25-36. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/boletin/PolHis9.pdf>

no fue ajena a un proceso de construcción de la nación marcado por una creciente centralización política, implementada desde Buenos Aires hacia el resto del país. Si bien este proceso dista de ser lineal y existen numerosos estudios que dan cuenta de su complejidad, no puede desconocerse la influencia de este rasgo de la matriz política argentina para el análisis del tema en cuestión. Si pensamos en los procesos de construcción de las historias nacionales y locales el problema no es sólo como relatamos estos procesos sino como delimitamos un objeto de investigación caracterizado por una fuerte centralización en un país donde los mecanismos de producción y legitimación del conocimiento también siguen estando fuertemente centralizados.

Como ya señalé en un trabajo anterior, hay un relato de la historia de la historiografía argentina, consensado y legitimado, sustentado en estudios ya clásicos sobre la temática.⁵ Los historiadores y las diferentes instituciones que integran han sido y continúan siendo los protagonistas centrales de una historia de la historiografía, que alcanzó mayor desarrollo desde las últimas décadas del siglo pasado. A modo de ejemplo, cito la compilación de trabajos a cargo de Fernando Devoto, *La historiografía argentina en el siglo XX*, publicada por el Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993 y 1994, que establece una agenda de investigación en este campo de estudios. En el segundo volumen de esta compilación hay trabajos sobre el desarrollo de la historiografía en las universidades nacionales del Litoral, La Plata y Buenos Aires. El texto de Devoto y Pagano, *Historia de la historiografía argentina* hace referencia en dos de sus capítulos a la historiografía “más allá de Buenos Aires”.⁶

El punto de partida de este relato es el momento de construcción de una historia nacional para un nuevo país; parafraseando y modificando lo dicho por Halperin Donghi, la génesis de un pasado, en lugar de una nación, para el desierto argentino. El gran diseñador de ese pasado fue el elegido como historiador de la nación, Bartolomé Mitre, erigido a su vez, en el padre de la historiografía, referente obligado, modelo a imitar y a cuestionar por quienes le sucedieron en la tarea. Sus obras clásicas: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la*

⁵ Philp, 2012

⁶ Véase: Devoto, Fernando y Pagano, Nora, 2009. “La historiografía local, provincial y regional” en Cap. 3. La Nueva Escuela Histórica, pp. 163-165; “Más allá de Buenos Aires” en Cap. 6. La renovación historiográfica, pp. 387-402.

emancipación sudamericana fijan las claves de la interpretación hegemónica del pasado nacional. Sus textos cumplen la función establecida por Heródoto, el padre de la historiografía occidental: escribir para que no caigan en el olvido los hechos importantes. Así la escritura de la historia se convierte en el principal vehículo para formar la memoria de los pueblos, para señalarles los caminos a seguir. Esta función prefigura la tarea de la historia como *magistra vitae*, desdeñada durante una modernidad que privilegia la idea de progreso, la mirada hacia delante, no hacia el pasado.

Para los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, Argentina ya contaba con una historia nacional. Una nueva generación de historiadores, la Nueva Escuela Histórica, la adoptará como matriz fundacional pero propondrá un distanciamiento crítico respecto a su función como historiadores. Se pensarán a sí mismos como profesionales de la historia, encargados, ya no de “inventar” un pasado para la nación sino de fundamentarlo a través de una búsqueda exhaustiva de fuentes. El historiador profesional debía estar fundamentalmente preparado en heurística –búsqueda de fuentes- antes que ser un gran ensayista.

En un contexto definido con el término “entreguerras”, caracterizado por la influencia de factores internacionales –Primera Guerra Mundial, crisis del 29- el monopolio de la interpretación dominante del pasado comienza a ser cuestionado. En un escenario donde la Nueva Escuela Histórica es la elegida para continuar con la profesionalización de la historia como disciplina, diferentes actores políticos instalan interpretaciones alternativas. Por fuera del todavía estrecho campo profesional, se despliegan otras estrategias frente al pasado nacional: por una parte, asoman los primeros escritos de los revisionistas; se crean espacios institucionales para albergar estas interpretaciones, como el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Por otra parte, desde el Círculo Militar se funda en 1933 el Instituto Sanmartiniano, que será nacionalizado durante el peronismo y al que se le encargará la tarea de guardianes de la memoria del Padre de la Patria. El mismo gobierno nacional, surgido del primer golpe de estado en Argentina, que derrocó a Hipólito Irigoyen, apoyará la formación de la Academia Nacional de Historia a quien ya se le había adjudicado, cuando todavía era la Junta de Historia y Numismática, la función de escribir la “Historia de la Nación Argentina”, tarea a la que también estaban abocados quienes se nucleaban alrededor de la Nueva Escuela Histórica. La competencia estaba planteada.

Para la época en que se despliegan estas estrategias ya estaba instalada la dicotomía entre la historia oficial y otra historia. La primera personificada por la historia liberal; la segunda, por el naciente revisionismo. La historia liberal tenía, desde el siglo XIX, instituciones que la albergaban: la Junta de Historia y Numismática, fundada por Mitre, convertida en 1938 en la Academia Nacional de la Historia; la otra historia era la postulada por el revisionismo cuya cara más visible estaba constituida por quienes en la década del treinta plantearon la necesidad de reinterpretar el pasado nacional y en ese rescate, un período, el de la época de Rosas, era presentado como clave para buscar en el pasado, soluciones para el presente. La asociación entre historia y política era explícita; frente a la política de los gobiernos de la “década infame”, legitimada, desde su punto de vista, por el paradigma de una historia liberal, proponían el uso de este pasado como *leit motiv* para pensar un presente con soberanía política y económica.

La llegada del peronismo al poder genera una división del campo intelectual; si se piensa en los historiadores, muchos de quienes se desempeñaban en las universidades fueron cuestionados por su escaso apego al proyecto nacional impulsado después del golpe militar –o revolución, como preferían autodefinirlo sus protagonistas- del 4 de junio de 1943. En función de ese diagnóstico, fueron expulsados de las universidades. Pero para el peronismo en el poder, su propio proyecto no estaba reñido con la historia oficial, del paradigma liberal. Esta era señalada como un escalón necesario para avanzar en la escritura de una nueva historia nacional de la que el peronismo ya era un protagonista clave. A modo de ejemplo, no se proponía eliminar los nombres de los próceres ya consagrados: Mitre, Sarmiento, dados a diferentes espacios: plazas, ferrocarriles, escuelas, entre otros, sino sumar los propios, contemporáneos del nuevo rumbo del país: en este sentido, se planteaba la equiparación del 17 de octubre, fecha fundacional del peronismo, con el 25 de mayo, carta de nacimiento de la Argentina como un nuevo país.

El período que se inicia con el derrocamiento del primer peronismo, por la “Revolución Libertadora” y con un amplio consenso social, es señalado en la historia de la historiografía argentina como una época de renovación; regresan a las universidades los docentes cesanteados por su negativa a adscribir al proyecto nacional. Buenos Aires, Rosario y en menor medida, Córdoba, le dan un lugar privilegiado a esta época en función de sus nexos con el presente. Por ejemplo, en Buenos Aires una de las figuras

clave de la renovación historiográfica fue José Luis Romero, de origen socialista y crítico del peronismo; su nombre fue rescatado por la generación de historiadores que se proponen una renovación de la escritura de la historia después de la dictadura militar de 1976; en Rosario, en la Universidad del Litoral, se rescata la figura de Halperin Donghi, erigido en el padre de la historiografía argentina del siglo XX. En Córdoba, la época de la renovación, asociada a la figura de Ceferino Garzón Maceda, impulsor de la historia económica y social, fue eclipsada en función de la resolución de las disputas por los espacios institucionales –y de poder- a favor de quienes se situaban como continuadores de la historia tradicional, anclada en el Instituto de Estudios Americanistas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en íntimas relaciones con la Junta Provincial de Historia y la Academia Nacional de la Historia. En el período abierto con la transición a la democracia, estos grupos, *aggiornados* a la nueva época, consolidaron sus posiciones y se erigieron ellos mismos en los impulsores de la renovación historiográfica.

Nuevamente, un cambio político sirve de guía de lectura para este proceso. Esta vez, la recuperación de la democracia en 1983 mostrará un campo historiográfico conformado por lo menos por dos grandes tendencias: una, que seguirá el “normal” proceso de producción, ininterrumpido durante el “Proceso de Reorganización Nacional”; otra, integrada por quienes regresarán de los exilios interno y externo con la aspiración de insertarse en la profesión. A más veinte años de esa época, varios trabajos señalaron como un aspecto positivo la constitución de un campo profesional ordenado en torno al respeto de reglas claras de funcionamiento, fundado en –y a pesar de- las disputas existentes basadas en conflictos político-ideológicos, por el acceso a recursos económicos y simbólicos, entre otros.

Una historia: la de la historiografía argentina; diferentes épocas -la de la gestación de una historia nacional; su profesionalización; el cuestionamiento de los revisionistas; la renovación de los años cincuenta y sesenta; la censura de los setenta; la renovación de los ochenta- gestadas al calor de diferentes “marcos sociales de la memoria” que recopilan huellas que se constituyen en indicios clave para pensar los procesos de producción de las historias nacionales y locales. Sin embargo, al mismo tiempo, este

relato ya clásico, fundado en una nutrida producción⁷, evidencia los vacíos en torno a procesos que están siendo estudiados actualmente como es el tema de la construcción de las historias locales y provinciales.⁸

4. La historia en el tiempo presente

En la época actual diferentes actores políticos y sociales hacen uso del pasado para legitimar su lugar en el presente. Reclaman su derecho a la historia, a formar parte de ella, a elegir una de las tantas interpretaciones del pasado. El reclamo a pertenecer es posible porque vivimos en democracia. Desde 1983, con el fin de la dictadura cívico-militar que comenzó en 1976, los diferentes gobiernos que intervinieron sobre el pasado promovieron políticas de la memoria y de la historia. Los historiadores formaron parte de ellas, construyeron las historias, recursos claves en todos estos procesos.

Los vínculos entre la historia, la política y la memoria son fenómenos de larga duración; en distintos momentos de la historia argentina hubo políticas de la memoria. La primera obra de síntesis de la historia nacional, la *Historia de la Nación Argentina*, publicada por iniciativa de la Junta de Historia y Numismática Americana, fundada en un determinado recorte temporal: desde los orígenes hasta la organización definitiva de la nación en 1862, fue precedida de un debate en la Cámara de Senadores y Diputados de la Nación cuando se discutió el otorgamiento de un crédito del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública para su realización. Ese documento es una huella fundamental y fundacional para analizar dichos vínculos.

En el debate, ocurrido en 1934, intervinieron representantes del oficialismo y la oposición. Lo interesante es que existía un acuerdo común: la idoneidad de la Junta de Historia y Numismática Americana para realizar esta tarea de edición de la primera gran historia nacional. Así, el diputado socialista por la Capital, Américo Ghioldi, decía: “Los miembros del sector socialista no tenemos inconveniente en confiar esta tarea a la Junta de Historia y Numismática Americana. Puede esta institución, creada por el

⁷ El texto ya citado de Devoto y Pagano (2009) incluye un completo ensayo bibliográfico donde los autores dan cuenta de la producción sobre el campo de estudios de la historiografía argentina que complejiza este relato presentado de manera sintética en este prólogo. Cfr. pp. 435-471.

⁸ En el equipo de investigación “Intervenciones sobre el pasado: historia, política y memoria en la Argentina contemporánea. Lecturas desde Córdoba”, CIFYH-UNC, algunos de sus integrantes trabajamos sobre estas temáticas. Véase: <http://www.ffyh.unc.edu.ar/cifyh/proyectos-de-investigacion/proyectos-vigentes/areas/historia/>

general Mitre y que mantiene el carácter de organismo libre, fuera de la influencia oficial, tomar sobre sí la tarea de realizar la publicación histórica... Los prestigios de la institución y los méritos del director de la obra son para nosotros garantías de que se realizará una publicación imparcial...”.⁹ A este acuerdo se sumaban sus palabras sobre los destinatarios de esta historia nacional. Afirmaba Ghioldi: “Pero como atribuimos a los libros de historia un valor muy considerable, necesitamos confirmar que esta publicación no debe ser hecha para placer de los especialistas de estos estudios, sino que ella debe estar destinada al pueblo, debe estar destinada a los maestros y a los alumnos de escuelas primarias, de colegios secundarios; en una palabra, debe estar destinada a todos los argentinos que necesitan tener una noción del pasado para encauzar y dirigir su propia acción hacia el futuro. Deseamos que no sea una historia de las tantas conocidas, que sólo conoce la trayectoria de los regueros de pólvora que ha habido en el pasado, sino que sea una historia capaz de conocer y reconocer los fundamentos técnicos y económicos de la misma, que hasta ahora son desconocidos o disimulados en los tratados oficiales”.

“En el aspecto político yo tengo confianza en que los directores de la obra no se dejarán engañar por el actual momento de reacción de las clases dirigentes y no ocultarán en ningún momento el sentido profundamente democrático de la historia argentina. No en vano se habla de revolución de Mayo... Es que la revolución de Mayo, revolución técnica, económica, política y cultural, tiene un sentido democrático y renovador, que no debe ser ocultado ni aminorado en el texto de historia a publicarse por esta Junta de Historia y Numismática. Espero, por fin, que aun cuando hubiere historiadores católicos no se ocultará el sentido laico de la historia argentina, y se sabrá mostrar los progresos de las instituciones laicas, como poco a poco el poder civil ha ido afianzando las instituciones de carácter y se ha ido creando el conjunto de organismos que hacen práctica la tolerancia de los hombres. Pero antes de terminar, deseo insistir en un concepto, señor presidente: los libros de historia no son para profesores especialistas, sino para la masa toda del pueblo. Hombres como nosotros, la mayor parte incrédulos respecto a la inmortalidad, respecto a los poderes divinos; hombres que no entregamos nuestra vida a una concepción del más allá, necesitamos alimentarnos y alimentar a los que piensan como nosotros en esta trayectoria ideal, que es lo único que puede salvar la

⁹ Ghioldi, Américo, en *Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1936, Vol. I, p. 28

vida de los individuos: Sabernos vinculados a un pasado y sabernos que entregamos nuestras existencias a una obra en colaboración. Estudiamos historia para buscar fundamentos a la dirección laica en la vida de los hombres que, como nosotros, no tienen la creencia en un más allá; y esperamos que el tratado de historia a publicarse sirva para hacernos más conscientes en nuestra situación de portadores de valores humanos e históricos”.¹⁰

Otro de los protagonistas del debate, el diputado Miguel Angel Cárcano del Partido Demócrata Nacional, también coincide en caracterizar a la Junta de Historia y Numismática Americana como un organismo independiente y libre, una entidad privada y autónoma. Desde ese lugar afirmaba: “Tendremos la garantía de que ella no responderá a una tendencia filosófica determinada, ni será la representación de un grupo de intereses, de sentimientos o de circunstancias pasajeros. Tendremos la seguridad de que no buscará justificar errores, ni magnificar personalidades, ni defender ciertas doctrinas”.¹¹

Otro diputado socialista, Adolfo Dickmann, se refirió a su apoyo al proyecto de edición de la *Historia de la Nación Argentina* siempre que “la historia a escribirse siguiera y se inspirara en la luminosa tradición liberal y democrática del pasado argentino”. Cárcano intervino planteando que “si el señor diputado quiere dar un concepto doctrinario para escribir la historia, no hará historia sino filosofía de la historia”. Dickmann intervino nuevamente afirmando que “hasta ahora, la historia la han escrito los vencedores, la han escrito las clases privilegiadas y los partidos dominantes; esa es una verdad objetiva e impersonal”.¹²

En la intervención del diputado Schóo Lastra, diputado del Partido Demócrata Nacional, se hicieron presentes tópicos que ya no abandonarían los escenarios de los debates no sólo políticos, sino en las diferentes instancias en que se trataba de caracterizar distintos aspectos de la sociedad argentina. Me refiero a la oposición entre lo nacional y lo extranjero, la civilización y la barbarie.

¹⁰ Ibid, pp. 29-30

¹¹ Cárcano, Miguel Angel, en *Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1936, Vol. I, p. 33

¹² Dickmann, Adolfo y Cárcano, Miguel Angel, en *Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1936, Vol. I, p. 36

Finalmente, en septiembre de 1934, el proyecto se convirtió en ley de la nación. El gobierno nacional materializó a través de un crédito extraordinario su voluntad política de construir una historia nacional, tarea encomendada a una institución que ya contaba con la buena consideración de sectores políticos equidistantes y que parecía haber superado su carácter de institución representante de determinados sectores para erigirse en cultores de un oficio, el de historiadores profesionales.

En este debate están presentes muchos de los temas que discutimos actualmente:

¿Quiénes escriben la historia/Modelos de historiador?

¿Quiénes son los destinatarios de esas historias?

¿Qué tipo de historia debe escribirse?

¿Quiénes son los sujetos, los actores de esas historias?

Los vínculos entre la historia producida y la historia enseñada

Los usos del pasado en los procesos de legitimación del poder

¿Quiénes usan el pasado: actores políticos, sociales?

El historiador ¿usa el pasado? ¿Lo conoce, lo explica, no intenta fundar un nuevo pasado para un nuevo presente?

Así, al debate citado de la década del treinta, le siguieron y le siguen muchos más: los impulsados por el llamado revisionismo histórico desde mediados del siglo XX hasta el presente, con la creación en el año 2011 del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico argentino e iberoamericano Manuel Dorrego, dependiente del recientemente creado Ministerio de Cultura de la nación¹³. El nombre de los premios que otorga “José María Rosa” y “Jorge Abelardo Ramos” marca una filiación con las lecturas históricas de los años setenta. Los historiadores profesionales, desde los espacios universitarios, reaccionan frente a estas iniciativas gubernamentales para reescribir la historia y promueven asociaciones distantes tanto de la Academia Nacional de la Historia, creada en 1938, como continuación de la Junta de Historia y Numismática, promovida por Bartolomé Mitre, como del citado Instituto de Revisionismo. Un ejemplo de ello es la creación en el año 2013 de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia (AsAIH). Como consigna en su página web, sus Comisiones tratan problemáticas de

¹³ <http://www.cultura.gob.ar/museos/instituto-nacional-de-revisionismo-historico-argentino-e-iberoamericano-manuel-dorrego/>

interés primordial para el desarrollo profesional, así como temas que atañen a la preservación del patrimonio documental y la difusión del conocimiento histórico en la opinión pública. Actualmente existen tres: 1) Archivos, bibliotecas y museos; 2) La historia en el debate público y 3) Difusión y publicidad.¹⁴

Las diferentes iniciativas muestran que la historia sigue siendo un recurso clave para las sociedades. Ustedes, como ingresantes a las distintas carreras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba: Antropología, Archivología, Bibliotecología, Ciencias de la Educación, Filosofía, Geografía, Historia y Letras, harán sus propias lecturas del pasado desde un presente que los desafía e interpela.

¹⁴ <http://www.asaih.org/>

BIBLIOGRAFÍA

Carbia, Rómulo (1940) *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Coni, 3° edición; la primera edición es de 1925, bajo el título *Historia de la Historiografía argentina*, Universidad Nacional de La Plata

Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009) *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana

Levene, Ricardo (Director general) *Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, Vol. I, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1936.

Philp, Marta, “Historias nacionales, historias locales. Una lectura en clave historiográfica a partir de un acontecimiento: la conmemoración del Año Sanmartiniano”, *PolHis*. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política, Mar del Plata, Año 5. N° 9, primer semestre 2012. pp. 25-36. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/boletin/PolHis9.pdf>

Philp, Marta (2013) *Territorios de la historia, la política y la memoria*, Córdoba: Alción Editora

Wasserman, Fabio, “De Funes a Mitre. Representaciones de la Revolución de Mayo en la política y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)”, en *Prismas*. Revista de historia intelectual, N° 5, 2001

Sitios web

<http://blogs.ffyh.unc.edu.ar/escueladehistoria/historia/>

<http://www.ffyh.unc.edu.ar/informacion-institucional/historia-de-la-facultad>

<http://www.cultura.gob.ar/museos/instituto-nacional-de-revisionismo-historico-argentino-e-iberoamericano-manuel-dorrego/>

<http://www.asaih.org/>